

La literatura, la plástica y el erotismo

SERGIO VODANOVIC

25-2-98



Al describir Vargas Llosa con su cautivante prosa todos los actos reales o imaginarios que realiza 'don Rigoberto' para gratificar su concupiscencia, convierte al lector en su cómplice. Le da el papel de un voyerista atisbando la intimidad del personaje.

Estados Unidos escribió en "The New York Review of Books", a propósito de la exposición de Schiele, un ensayo que tituló "¿Pueden los genitales ser hermosos?". Y la respuesta a su pregunta es claramente afirmativa. "Cada uno con su gusto", dice

el refrán. Sabemos que el erotismo es parte sustancial de la condición humana. Yo, al menos, me quedo con el erotismo de los dibujos de Schiele y tengo el palpito, que 'Fonchito', por muy hijo que sea de 'don Rigoberto', coincide conmigo.

En "Los cuadernos de don Rigoberto", Mario Vargas Llosa nos muestra a un personaje, 'Fonchito', niño precoz, obsesionado por los dibujos de Egon Schiele. De esta forma nos enfrenta con dos tipos de erotismo, el literario representado por la lasciva imaginación de 'don Rigoberto', quien describe hasta casi agotar las distintas actividades eróticas que puede realizar una pareja tanto de distinto sexo como del mismo y, en ocasiones, un trío y hasta un cuarteto, y el erotismo plástico del que el dibujante austriaco es su máximo exponente.

"Los cuadernos de don Rigoberto" se ha convertido en un éxito de librería en todos los países en que se ha publicado, en tanto que la exposición de dibujos de Schiele en el Museo de Arte Moderno de Nueva York constituyó el acontecimiento artístico más importante en los Estados Unidos. Algún significado deben tener estos dos sucesos sobre la sociedad de nuestra época.

Schiele murió en 1918, a los 28 años de edad, y conoció la prisión debido a su obra, y todos sabemos que hubo una época en que la literatura erótica permanecía oculta en los más inaccesibles anaqueles de las bibliotecas privadas.

Incomparablemente más candorosas que "Los cuadernos

de don Rigoberto" eran las novelas del colombiano Vargas Vila quien, por sus escritos, conoció las prisiones en Cartagena de Indias, que hoy son expuestas a la curiosidad de los turistas y nada tienen que ver los osados dibujos de Schiele que exhiben generosamente los genitales de sus modelos masculinos y femeninos comparados con los castos desnudos de Modigliani; a causa de ellos, la policía clausuró en 1917 una exposición de sus cuadros.

No obstante la confluencia del éxito literario de Vargas Llosa y el artístico de la exposición de Schiele, amasados ambos por la levadura erótica que contienen, me parece que hay una diferencia fundamental entre el erotismo literario y el plástico.

Al describir Vargas Llosa con su cautivante prosa todos los actos reales o imaginarios que realiza 'don Rigoberto' para gratificar su concupiscencia, convierte al lector en su cómplice. Le da el papel de un voyerista atisbando la intimidad del personaje. En ocasiones, Vargas Llosa nos lleva a mirar lo que otro mirón está mirando; es decir, nos enfrentamos a la situación surrealista del "voyeur" que espía a otro "voyeur". Esto lleva al lector normal a la ingrata sensación de equipararse al maniaco y monotemático 'don

Rigoberto'. Al término de la novela, el lector comienza a aburrirse ya que, por muy imaginativo que sea 'don Rigoberto', la relación carnal es limitada y las descripciones de cópulas, de actos libidinosos, de sinuosas geografías corporales son necesariamente reiterativas.

¿Por qué, en cambio, esa desagradable sensación de voyerismo que experimenta el lector de la novela de Vargas Llosa no se produce al mirar una y otra vez los magníficos dibujos de Schiele? La respuesta es simple. Porque el voyerismo se caracteriza porque el mirón lo hace a escondidas sin que el sujeto de sus miradas se entere de que es mirado, mientras que el arte plástico está hecho, justamente, para ser mirado y producir una sensación estética.

Lo que hace Schiele es mostrarnos con finas y seguras líneas la belleza del cuerpo humano. Sus modelos son generalmente delgadas, sin esas redondeces rubensianas que culturalmente siempre hemos asociados con el placer. No esconden su sexo, sino por el contrario, adoptan poses en que lo exhiben generosamente, advirtiéndonos que aún ahí, en esa parte del cuerpo que tradicionalmente se ha ocultado, también reside la belleza. John Updike, el más importante novelista vivo de los